

Sobre la Investigación Social en Nuestros Días

*Por José MEDINA ECHAVARRIA,
Profesor de Sociología en la Facultad de
Derecho de la Universidad Nacional Au-
tónoma de México. Colaboración espe-
cial para la "Revista Mexicana de Socio-
logía".*

CUANDO del plano teórico descendemos la mirada a la realidad que vivimos, toda consideración sobre la investigación sociológica, y la necesidad de someterla disciplinadamente a las técnicas adecuadas, toma necesariamente un tono más grave. Pues en efecto, la situación presente de la investigación social no puede ser más precaria, difícil y de horizontes más turbios. El momento penoso que atraviesan las ciencias sociales urgidas de reconstrucción—si el proceso real del mundo lo permite— requiere por sí solo largo comentario que no cabe aquí. A él habré de volver si la ocasión se me depara. Pero es imprescindible situarlo aunque sólo sea en sus líneas generales.

Las causas de esa situación son objetivas y de estructura social, visibles sin dificultad unas y más difícilmente captables otras, pero en conjunto oponen al investigador social dificultades mucho más fuertes que las subjetivas con que tropieza cuando se dispone con la mejor voluntad a forjar y depurar su actitud científica y su "equipo mental".

El investigador social forma parte necesariamente de una tradición científica y académica, en la que se hereda con el saber acumulado, la predilección por ciertos problemas que acotan los campos de investigación. Así, pasan en economía, en ciencia política, en sociología, etc., de maestros a discípulos, temas y preocupaciones que forman el cuerpo de la herencia científica. La página impresa y la palabra magisterial son condiciones indispensables del aprendizaje y la con-

tinuidad científica, pero es evidente que tienden a demarcar por su propio peso el horizonte exploratorio. Si la vida real avanza en sus problemas más allá de donde ha llegado el campo limitado del interés científico, la ciencia queda rezagada ante la urgencia de la hora. Cabe suponer que tal ocurrirá cuando el proceso social sea muy veloz. No es otro, en efecto, el último fundamento de la situación crítica de la ciencia social en nuestros días. El desequilibrio de ritmo entre la tradición científica y académica y el cambio social tienen al científico perplejo y al lego insatisfecho. El rumor de la calle acusa en nuestros días al científico social de inoperante. El hombre de ciencia rico en conceptos y manipulador brillante de depuradas teorías fracasa en la resolución de los problemas que más apremian. Se imputa al economista el no haber previsto las crisis últimas que más nos azotaron, ni haber dado a tiempo un remedio eficaz. Quedan escarnecidos el sociólogo y el psicólogo social que nada práctico han ofrecido para contener la ola irracional que nos envuelve. Se acusa también a los teóricos de la política, mostrándoles la fuerza desatada en las luchas civiles y las contiendas internacionales que no pudieron impedir. No hay tiempo ahora para oír la voz de los acusados, ni para intentar su humana defensa, pues no es suya toda la culpa. Veamos tan sólo algunos de los esclarecimientos que se han dado de ese desequilibrio, hoy funesto, entre la teoría y la praxis.

Se insiste, ante todo, en la peculiar posición, ya aludida, del científico por obra de su tradición y su temperamento. La herencia científica y de escuela, se dice, le preforma la órbita de su atención y le inclina a profundizar en los temas de investigación recibidos, aunque tales sean ya inactuales o desvitalizados, caso de ser presentes, a fuerza de alambicamiento conceptual. El hecho es cierto y puede ser señalado fácilmente por cualquiera que examine con ojos frescos la producción cumulativa de la ciencia académica: economía, ciencia política, sociología, derecho, filosofía, etc. Pero además, imbuído el hombre de ciencia, se añade, por la opinión ortodoxa y mimada de la pureza científica— con lo que implica de desinterés y distancia—, tiende, consciente o inconscientemente, a encastillarse en la lejana serenidad de su biblioteca o laboratorio, hasta quedar, por protegido, completamente aislado del aire de la vida. En definitiva, devana y devana en su “torre de marfil” el hilo irreal de problemas abstractos, mientras los hombres en su entorno resuelven, como pueden, sus angustias reales e inaplazables. Herencia académica y pureza científica han contribuido, además, a ese falso culturalismo estático y contemplativo donde el hombre concreto aparece hecho para la cultura, cuando la cultura ha sido hecha para y por el hombre. De suerte, que cuando el precipitado caminar de la realidad depara al hombre situaciones nuevas que han de enfrentarse con mirada limpia y postura inicial, el científico acude a recorrer de nuevo el viejo camino “inmanente” de un acotado campo de la cultura, con la

esperanza de encontrar en algún recodo, antes desapercibido, la solución ya hecha; la que de hallarse —o tenida como hallada— puede ser coherente con el mundo “cultural” de que formaba parte, pero sin duda será incoherente con la situación concreta.

Si en esa descripción algunos brochazos son certeros, el consejo inmediato peca de simplista: que el hombre de ciencia abra de par en par las puertas de su claustro a los “ruidos de la historia”. Lo que aparte de que puedan ensordecerle, no es tan fácilmente hacedero como se cree. Traducido ésto en términos objetivos, formula, más que resuelve, el problema de la relación de la estructura social de la ciencia (como institución) con la sociedad total en que florece. En este sentido, uno de los intentos más serios para llegar al fondo del problema ha sido hecho por Carlos Mannheim en su libro “El hombre y la sociedad en la época de crisis”.

El retraso de la ciencia social ante la vida, es tanto más grave cuanto que lo es con respecto al tipo de pensamiento que exige la estructura social en que vivimos —“nuestras ciencias sociales están todavía rezagadas en el terreno del pensamiento *parcial*, mientras que la orientación vital práctica, precediendo a los verdaderos conflictos del acontecer social, cada vez con más frecuencia le obliga a tramitar sus problemas en el sentido del pensamiento con *interdependencia*”— (ob. cit., p. 159, de la trad. española).

Mi subrayado señala las dos formas del pensamiento, los dos modos de aplicar la inteligencia, que corresponden, según Mannheim, a situaciones muy distintas de la realidad social. A su propia exposición me remito; mas detengámonos brevemente todavía en el problema, valiéndonos de una terminología que nos es más familiar.

Pues, en efecto, lo anterior puede expresarse, diciendo que el investigador social está obligado, por la naturaleza misma del objeto que estudia, a reincorporarse a la perspectiva circunstancial y a la idea de totalidad que fueron difuminadas en el desarrollo del especialismo. De tal suerte, que no obstante que el concepto comtiano del “consensus” contenía explícitamente la idea de la interdependencia estrecha de todos los factores y elementos de la sociedad, y a pesar de que el “organicismo” de todos los matices recogía vigorosamente esa idea como base de todas sus metáforas, más o menos felices, el hecho es que las ciencias sociales, en su ramificación, fueron fragmentando ese todo social, sin que al final las partes separadas tuvieran ninguna relación entre sí. Ciertamente que el investigador social tenía en su abono el no hacer con eso cosa distinta de lo que realiza todo hombre de ciencia. O sea, acotar una parcela de la realidad y aplicar a ella toda su energía y afán de saber. Así el interesado en la realidad política limitaba a ella su escrutinio, y atraído por su fenómeno de mayor dimensión —el Estado—, pensaba

conclusa su tarea cuando había formulado una teoría general del mismo, o el análisis de la estructura y funcionamiento de un estado concreto. Pero, generalmente, sin situar el Estado en la totalidad de que forma parte y, en consecuencia, sin hacer explícitas las conexiones de la ciencia política con las demás ciencias humanas. Y así procedía con cada una de éstas. Combinado este proceder con el peso de las tradiciones académicas de que antes se habló, dió por resultado la habitual exhibición de un conjunto de disciplinas aisladas y sin relación entre sí, hecho que invalidaba, incluso, su mutua fecundación con los resultados parcialmente adquiridos. Esa situación de las ciencias humanas pudo pasar inadvertida en sus resultados, mientras subsistió una estructura social que permitía sin daño un ajuste casual de los distintos segmentos. La época del "laissez faire" no sólo permitió, sino que favoreció especialmente el extraordinario desarrollo de las ciencias sociales en la forma independiente en que las hemos recibido. El economista, el psicólogo, el pedagogo, el teórico, el político, etc. Podían aislar de esa suerte sus propias investigaciones, sin preocuparse por conjugarlas con las de los demás, pues no de otra manera procedía la sociedad de que formaban parte en la resolución de sus propios problemas. El tránsito a una estructura social que ya no permite dejar al azar el ajuste de sus problemas parciales, arrastra la necesidad de que las ciencias humanas abandonen definitivamente las actitudes con que hasta ahora venían trabajando. Y esa nueva actitud tiene que estar dominada por las ideas de interdependencia y funcionalidad. Cuanto se dijera respecto del llamado carácter concreto de la sociología vale para las demás ciencias sociales. Es decir, que aparte de sus obligaciones teóricas y de sistema, estas ciencias tienen el deber de que esa teoría sirva para la comprensión de circunstancias individuales, únicas, en donde transcurre la vida del hombre y en donde encuentra los problemas que tiene forzosamente que resolver. La idea de totalidad, que exige no se pierda de vista el cuadro de conjunto social y cultural, en donde se insertan los fenómenos y las cuestiones parciales estudiadas, completa y da sentido a la idea de circunstancialidad que impone, sin olvidar los principios generales, atenerse a la configuración concreta que adoptan los distintos factores sociales en un momento dado. Pues la circunstancia es una categoría elástica que se ensancha o estrecha según el interés y la perspectiva. Es decir, implica la misma relación que la de los todos y las partes, tan olvidadas en inútiles discusiones. Ciertamente que pesa inconscientemente sobre ella su interpretación como circunstancia nacional, lo que es perfectamente explicable dado que aquélla constituye hoy día —y sin duda alguna por mucho tiempo— la estructura sociológica más importante para la vida humana. Pero si es perfectamente legítimo, por un lado, hablar de una circunstancia familiar como un todo concreto, y de otras intermedias hasta llegar

al todo concreto de la comunidad nacional, por otro lado, no sólo es legítimo sino imprescindible insertar la circunstancia nacional en las circunstancias más amplias de que forma parte (para poner un ejemplo en la dirección cultural: cultura mexicana o española; cultura hispánica general o de lengua española; cultura latina; cultura occidental). Ahora bien, no se interprete esta exigencia de la totalidad y la circunstancialidad como una nueva forma de humanismo abstracto. Todo lo contrario; es la realidad concreta en su sucesivo ensanchamiento y en sus múltiples conexiones reales, gravitando en definitiva en lo que parece suceso aislado o destino singular, lo que se pretende hacer resaltar como un hecho que la investigación y la ciencia social tienen que incorporar de alguna manera en sus actividades y construcciones. Que ésto plantea un problema nada fácil de resolver es evidente. Pues nadie piensa, como es natural, en suspender la indispensable especialización, cada día, además, más desmenuzada. Resumiendo en grandes líneas las principales sugerencias de solución ofrecidas, tenemos: el científico y el investigador social deben esforzarse por situar sus problemas en la sociedad como un todo, procurando el desarrollo de un pensar con interdependencia; la ramificación especialista debe ser completada con disciplinas de carácter sintético, que pongan en relación —en conexiones más o menos amplias— los resultados adquiridos por algunas o la totalidad de las ciencias humanas; se requiere para ello el cultivo de la mentalidad adecuada, y el estímulo y protección académicas necesarios. Bien entendido, que tales disciplinas no deben pretender unificaciones precipitadas y especulativas, sino visiones de conjunto rigurosamente obtenidas que sirvan para desarrollar en el especialista la perspectiva que viene pidiéndosele, y de estímulo para nuevas investigaciones, no abandonadas ya al azar o a la rutina como hasta ahora en gran parte lo han estado. En cuanto a la investigación misma y dado que los problemas más urgentes invocan en su complejidad el empleo de diversas técnicas y la luz de muy distintas especialidades, aparece cada día como más necesario el tipo de la investigación cooperativa o por equipos. En una palabra, la división del trabajo tiene que subsistir en las ciencias, pero no en los problemas.

Ahora bien, todas estas dificultades de orden intelectual en que se encuentra la investigación social en su necesidad de adaptarse a nuevas circunstancias no parecen, ni mucho menos, invencibles. Y ésto, sin añadir que, por el contrario, incitan el espíritu de exploración y aventura del científico. De muy otra índole son, por desgracia, otras con que se tiene que luchar en los momentos actuales y que afectan al científico en cuanto a hombre. Se ha reconocido antes el principio de razón que hay en la inculpação de inutilidad que lanza el hombre de la calle a la ciencia social y se han señalado las posibles causas que justifican su mal humor, pero tener un principio de razón no es tener toda la razón. Pues muchas veces

cuando se ataca al científico social por su incapacidad en ofrecer soluciones a los problemas del día, no sólo hay un mucho de impaciencia sino algo más grave, irracional protesta porque no da la solución que el cuestionante tiene en su cabeza como más favorable a sus deseos e intereses. En la tensión pasional de nuestros días, el intento de hallar la verdad desinteresada suscita la ira de los bandos en pugna. Y las cuestiones humanas que exigen ahora, después del triunfo de las ciencias naturales, el máximo esfuerzo de serenidad y objetividad científica, son precisamente aquellas más tenazmente dominadas por los ídolos del mercado. La ciencia social está pasando por uno de los momentos más penosos de su vida. Pues cuando a sus representantes se les grita que abandonen sus refugios —en donde de mala manera cuidan de sus familias— y guíen con sus consejos las decisiones de la hora, o se les exige un temple que no todos pueden tener, o se les pide, en realidad, que se enrolen como combatientes ilustrados al servicio de una bandera. Y ésto cuando todavía es posible la discusión.

Con todos sus defectos, la ciencia social ha acumulado en los últimos tiempos un saber efectivo y una riqueza de datos y materiales sin precedentes en la historia. Mas las circunstancias actuales hacen muy problemático el logro de su meta: un control racional de la vida humana análogo al control, ya en nuestras manos, de la naturaleza. ¿Cómo evitar una nota de pesimismo? Uno de los libros más bellos de la ciencia social contemporánea, el de R. Lynton, *Study of Man*, está dedicado, "to the next civilization", a la próxima civilización, y termina con estas palabras de desconsuelo y esperanza al mismo tiempo: "Hoy día los cultivadores de la ciencia social se encuentran en situación muy pareja a la de los griegos alejandrinos con sus investigaciones sobre la naturaleza. Nos hemos acercado a la puerta allende la cual se amontona un conocimiento que promete dar al hombre una vida mucho mejor de la que él nunca conociera, pero también es cierto de que hay muy pocas probabilidades de que pueda darse ese paso. Todos los signos concuerdan en advertirnos que la era de la libertad declina, y que el estudio de la sociedad y el hombre será la primera víctima del orden nuevo. —Empero, el científico social deja un legado de técnicas de investigación y de rigurosa demarcación de problemas; una nueva frontera a partir de la que alguna vez alguien podrá avanzar de nuevo en lo desconocido—.

Cuando llegue esa época —quizá luego de centurias de tinieblas y estancamiento— los hombres mirarán hacia nosotros, como hoy nosotros contemplamos a los griegos. Por esta razón dedico este libro a la próxima civilización".

Confiemos en que el funesto presagio no se cumpla, y que la próxima civilización venga confundida con la nuestra cuando la tormenta pase y la vida recupere los colores apagados ahora en sus lívidas luces.